



LA VIDA DIARIA COMO CAMINO HACIA LA SANTIDAD

Discurso de Juan Pablo II con ocasión del Congreso celebrado en el centenario del nacimiento de Escrivá de Balaguer (12-1-2002)

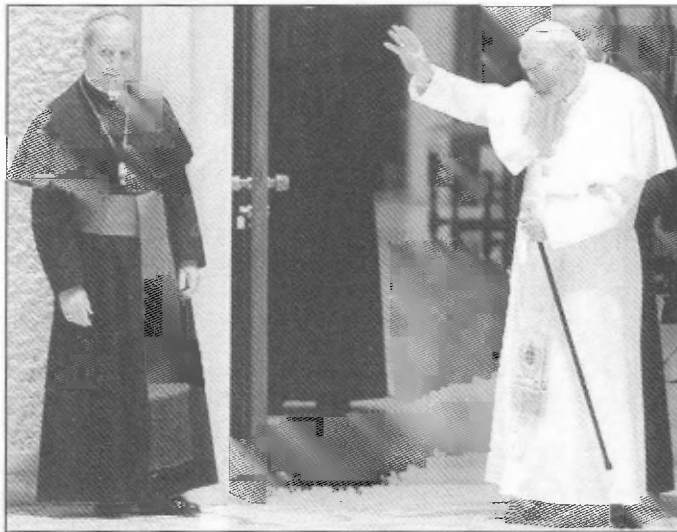
Amadísimos hermanos y hermanas:

1 Me alegra reunirme con vosotros al término del Congreso promovido con ocasión del centenario del nacimiento del beato fundador del Opus Dei. Saludo al prelado, monseñor Javier Echevarría, a quien agradezco cordialmente las palabras con las que se ha hecho intérprete de los sentimientos comunes. El ha puesto de relieve el carácter y valor del Congreso, que no se ha inspirado en intenciones celebrativas, sino que ha tratado de ahondar en los aspectos más actuales del mensaje del Beato Josemaría Escrivá de Balaguer, especialmente en lo que atañe a la grandeza de la vida diaria como camino hacia la santidad.

Saludo a los prelados y sacerdotes presentes. Saludo a cada uno de vosotros, que habéis acudido a Roma para tomar parte en tan significativa efeméride jubilar.

2 Desde el inicio de su ministerio sacerdotal, el Beato Josemaría Escrivá situó en el centro de su predicación la verdad según la cual todos los bautizados están llamados a la plenitud de la caridad y la forma más inmediata de alcanzar esta meta común reside en la normalidad de cada día. El Señor quiere entrar en comunión de amor con cada uno de sus hijos en el entramado de las ocupaciones de cada día, en el contexto cotidiano en el que se desarrolla la existencia.

A la luz de estas consideraciones, las actividades diarias se presentan como un muy valioso medio de unión con Cristo, y pueden transformarse en ámbito y mate-



El Papa Juan Pablo II saluda a los congresistas en presencia del prelado del Opus Dei, monseñor Javier Echevarría.

ria de santificación, terreno de ejercicio de las virtudes, diálogo de amor que se realiza en las obras. El trabajo queda transfigurado por el espíritu de oración, por lo que resulta posible permanecer en contemplación de Dios incluso cuando estamos inmersos en el desempeño de varias ocupaciones. Para todo bautizado que quiera seguir fielmente a Cristo, la fábrica, la oficina, la biblioteca, el laboratorio, el taller, las paredes domésticas pueden transformarse en otros tantos lugares de encuentro con el Señor, que optó por vivir treinta años en el escondimiento. ¿Podría tal vez ponerse en duda que el período que Jesús transcurrió en Nazaret constituyera ya parte integrante de su misión salvífica? También para nosotros, por consiguiente, lo diario, en su aparente grisura, en su monotonía hecha de gestos que parecen repetirse siempre iguales, puede ad-

quirir el relieve de una dimensión sobrenatural y verse por tanto transfigurado.

3 En la Carta apostólica *Novo millennio ineunte*, al término del gran Jubileo del año 2000, recordé a este propósito que el ideal de la perfección cristiana «no ha de ser malentendido, como si implicase una especie de vida extraordinaria, practicable sólo por algunos "genios" de la santidad». Y añadía: «Es el momento de proponer de nuevo a todos con convicción este "alto grado" de la vida cristiana ordinaria» (n. 31: ECCLESIA, núm. 3.032 [2001/I], pág. 82). A todo bautizado concédele el Señor las mercedes necesarias para alcanzar las cumbres de la divina caridad. Los pequeños acontecimientos de la jornada

encierran una grandeza insospechable, y precisamente viviéndolos con amor a Dios y a los hermanos resulta posible superar radicalmente toda separación entre fe y vida diaria; separación que el Concilio Vaticano II denuncia como uno de los «errores más graves de nuestro tiempo» (cf. *Gaudium et spes*, n. 43).

Santificando el propio trabajo y respetando las normas morales objetivas, el fiel laico contribuye de forma eficaz a edificar una sociedad más digna del hombre y a liberar la creación que gime y sufre mientras aguarda la revelación de los hijos de Dios (cf. Rm 8, 19-22). Con ello coopera en forjar el rostro de una humanidad atenta a las exigencias de la persona y del bien común.

4 Amadísimos hermanos y hermanas: siguiendo las huellas de vuestro fundador, continuad con celo y fi-



delidad vuestra misión. Mostrad con el esfuerzo diario que el amor de Cristo puede inspirar todo el curso de la existencia, permitiendo alcanzar el ideal de esa unidad de vida que, como reiteraré en la Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, resulta fundamental en el compromiso de evangelización en la sociedad contemporánea (cf. n. 17: ECCLESIA, núms. 2.410-11 [1989/I], págs. 194-195).

La oración, el trabajo y el apostolado, como habéis aprendido del Beato Josemaría, se encuentran y se funden si se viven con este espíritu. El siempre os alentó a «amar el mundo apasionadamente». Y añadía una puntualización importante: «Sed hombres y mujeres del mundo, pero no seáis hombres o mujeres mundanos» (*Camino*, 939). Así lograréis evitar el peligro del condicionamiento de una mentalidad mundana, que concibe el compromiso espiritual como algo reconducible a la esfera privada y por consiguiente irrelevante para la acción pública.

Si el hombre no acoge en su intimidad la gracia de Dios, si no reza, si no frecuenta los sacramentos, si no tiende a la santidad personal, pierde el sentido mismo de su peregrinación terrenal. La tierra —recuerda vuestro beato fundador— es camino al cielo, y la existencia de todo creyente, con todos sus pesos y limitaciones, debe transformarse en templo auténtico en el que habita el Hijo de Dios humanado.

5 Que en tan exigente itinerario espiritual y apostólico os brinden ejemplo y protección la Santísima Virgen María y su esposo San José. A su celestial intercesión os encomiendo junto con vuestras familias. A ellos encomiendo también todas vuestras actividades, para que estén constantemente al servicio del Evangelio. Obrad siempre en fraterna y solidaria comunión con todos los demás miembros del pueblo cristiano y con las diferentes instituciones eclesiales.

Que el Beato Josemaría siga velando desde el cielo sobre vosotros, para que seáis en toda circunstancia fieles discípulos de Cristo. Con este fin, os aseguro un recuerdo especial en la oración, mientras con afecto os bendigo junto con vuestros familiares y con todos los miembros de vuestra prelatura. ■

(Original italiano procedente del archivo informático de la Santa Sede; traducción de ECCLESIA.)